

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 04 | NÚMERO 08 | DICIEMBRE 2023 | ISSN 2452-5707

ENTREVISTAS

A 50 años del golpe civil-militar: Voces de historiadoras/es. Entrevista a Jorge Pinto Rodríguez

09 de mayo de 2023

Entrevista realizada por:
Pamela Fernández y Franco Vargas

Mi nombre es Jorge Pinto Rodríguez, soy profesor de Historia y tengo un Doctorado en Inglaterra. Me dediqué inicialmente a la historia colonial y posteriormente a la historia de los siglos XIX, XX y a eventos más recientes en Chile y América Latina. En términos más específicos, desde que llegué a la Universidad La Frontera, he dedicado la mayor parte de mi tiempo a estudiar las conflictivas relaciones entre quienes llegaron a la Araucanía y el pueblo mapuche. Me enfoqué especialmente en la violencia impuesta por el Estado en el siglo XIX y en las reacciones actuales de aquellos grupos que enfrentan esa violencia de manera similar a como han sido tratados. Más allá de rechazar la estrategia de la violencia, busco explicar por qué se recurre a ella y cuál es el sentido de las demandas que plantean a las empresas que han llegado a la región. Mi objetivo es lograr acuerdos que permitan reemplazar la violencia por la paz. Como mencioné antes, hace dos años trabajo en la Universidad Católica de Temuco. Bajo mi condición de un académico que ha mirado siempre a Chile desde las regiones, hago un llamado a estudiar y enseñar la Historia del país desde la suma de diversidades que hoy somos, apreciar la riqueza que esta implica y a confiar en que los jóvenes construirán un mundo mejor al que les estamos heredando.

¿Qué significan los 50 años en este contexto social?

Lo primero que quisiera señalar es que estamos viviendo un momento muy complejo. Lamentablemente, los 50 años del golpe se cumplen bajo difíciles condiciones para quienes apoyamos el gobierno de la Unidad Popular. Tengo la convicción que hemos retrocedido después de todos los avances logrados en los últimos 30 años. Una vez más nos encontramos con una derecha muy dura, la misma derecha golpista que enfrentó Salvador Allende. Esto es lo que hace difícil y complejo el panorama los 50 años del golpe, agravado por una inmigración que sobre pasó las posibilidades del país de brindar a los que llegaron una vida mejor, una delincuencia desatada, algunas desprolijidades del gobierno del presidente Gabriel Boric, a pesar de los esfuerzos que ha hecho por superar los problemas que enfrenta y la extrema fragmentación política ha contribuido también a complicar la situación actual.

El escenario internacional tampoco contribuye a que el ambiente sea distinto. La pandemia y sus efectos afectaron gravemente a la economía, sucesivos

conflictos internacionales también tuvieron efectos muy negativos, el cambio climático se ha convertido en un desafío que no estamos enfrentando como se debiera y, por último, el avance en diversos países de un populismo mesiánico que pone en peligro a la democracia, han provocado turbulencias que algunos analistas de reconocido prestigio asocian a una crisis del capitalismo neoliberal que amplios sectores progresistas, de centro izquierda o simplemente de izquierda, no saben cómo enfrentar para levantar una propuesta que convenza a la ciudadanía. La última elección de los miembros de la convención encargada de redactar la nueva constitución que se someterá a la consulta popular a fines de año han sido el golpe de gracia que grafica lo que nos está ocurriendo. He llegado a pensar que en estos momentos enfrentamos una derrota impensada en los años previos al estallido social que nos tiene hasta cierto punto paralizados.

Aun así, lo más alentador este año ha sido el recuerdo que amplios sectores de la sociedad chilena mantienen del gobierno de la Unidad Popular y del compañero Presidente. Los más viejos reconocen que a partir del año 72 las acciones de la derecha golpista, el involucramiento de ciertos sectores de las Fuerzas Armadas con aquellos grupos y la intervención de Estados Unidos generaron una situación muy difícil. También reconocen que se cometieron algunos errores y que las diferencias estratégicas propuestas por el Partido Socialista y el Partido Comunista no se resolvieron correctamente; sin embargo, la figura de Allende se mantiene intacta por su compromiso con lo que prometió cuando fue elegido presidente, su decidida vocación democrática y su fiel apego a la Constitución. El medio litro de leche simboliza una política social que reflejó el esfuerzo de su gobierno por mejorar las condiciones de vida de los niños y niñas, los futuros constructores de ese Chile con el cual soñamos en la década del 60 y los primeros años del 70.

¿Qué responsabilidad les cabe a las y los historiadores en la conmemoración de los 50 años?

Creo que a los historiadores nos competen dos tareas que hoy día son muy necesarias. Por una parte, revelar los factores que condujeron al golpe de Estado, particularmente la abierta intervención de Estados Unidos, el apoyo del gran empresariado a las gestiones tendientes a destituir a Allende, el papel que jugó la prensa de derecha y la traición de aquellos militares que violaron la Constitución para derrocar al presidente de la República, sin desconocer el rol de los civiles que Salvador Allende mencionó cuando señaló que con mano ajena se apropiaron del poder. Nos compete mostrar esa historia, porque el golpe de Estado no ocurrió por casualidad.

La segunda labor es revisar esta historia con sentido crítico. Sin duda, en el golpe de Estado intervinieron una serie de errores que se cometieron durante el gobierno de la Unidad Popular, sobre todo lo que ha denunciado con tanta claridad Tomas Moulian cuando señaló que los cambios no se pueden lograr sólo con la retórica que imperó en aquellos años, durante los cuales el voluntarismo nos impidió evaluar correctamente el escenario nacional e internacional imperante en la década del 70. Tampoco nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo al interior de los cuarteles bajo la convicción de que nuestras Fuerzas Armadas nunca violarían la Constitución y que mantendrían el respeto por la democracia. Por lo tanto, sin desconocer lo que significó la dictadura en el plano de la dolorosa violación de los derechos humanos y del saqueo de un Estado que se había construido con el esfuerzo de todas y todos los chilenos, hoy más que nunca, debemos ser muy cuidadosos a la hora de analizar lo que está ocurriendo en el país y en el resto de un mundo. El resurgimiento de la derecha más retrograda ha logrado altas cuotas de poder y esto no lo podemos desconocer.

Hace unas semanas presentamos en la Universidad Católica de Temuco el libro de Víctor Maturana, un ex oficial de carabineros, militante del MIR, *La suma de los años*¹, que resume descarnadamente los aciertos y errores de la izquierda chilena cometidos en los años previos y posteriores al golpe. Su lectura es, en mi opinión, es muy relevante porque estamos viviendo años en los cuales la posibilidad de un quiebre democrático no se podría descartar. Y esto también tiene relación con la derecha y, especialmente, con los sectores de la Democracia Cristiana que repiten la intransigencia que mostraron el año 1973. Al parecer no aprendieron la lección de los errores que cometieron en 1973.

¿Qué significa en su historia personal estos 50 años?

Dividiría mi experiencia en varias etapas. La primera se inicia dramáticamente, el martes 11 de septiembre. Trabajaba entonces en la Universidad de Chile de Valparaíso, en lo que es hoy la Universidad de Playa Ancha. Recuerdo que el día anterior, a las tres de la tarde, al pasar por la avenida Altamirano en dirección a la Universidad vi a los marinos en traje de campaña, formados frente a las dependencias que tiene la Armada, cerca del molo de Valparaíso. Como me llamó la atención cuando llegué a la Universidad lo comenté a otros compañeros que me contestaron que no tenía mayor importancia, porque al día siguiente empezaba la operación UNITAS, por lo cual era natural que los marinos estuvieran allí preparándose para embarcarse e iniciar esa misma noche, aquellos ejercicios. Me estoy refiriendo al lunes 10, en la tarde. El 11 me levante muy temprano porque

1 Maturana, Víctor (2022) *La suma de los años*. Valparaíso: Editorial Bogavantes.

debía que llegar a la Universidad a las 7 para recoger un material que iba a necesitar para mi clase a las 8:30 de la mañana. Vivía muy cerca del plan de Valparaíso, prácticamente a una cuadra de la Plaza Bellavista; sin embargo, no pude pasar porque ya Valparaíso estaba ocupado por tropas de la Armada. En la noche, se sintieron varios bombazos en el puerto, en mi ingenuidad pensé se estaban desmantelando los espacios que ocupaban los grupos vinculados a Patria y Libertad, cuyos atentados eran pan de cada día. Lo vivido aquella mañana fue una de las experiencias más traumáticas de mi vida.

El miércoles 12 logramos reunirnos algunos compañeros del núcleo del Partido Socialista del Pedagógico, en el cual militaba para analizar la situación. Adolfo Bisama, es uno de ellos, con quien he mantenido algún contacto en los últimos años. Ese día logramos llegar a unas dependencias que tenía la Universidad en el Plan de Valparaíso con el propósito de destruir todo documento comprometedo. Nos volvimos reunimos al día siguiente y subsiguiente, para terminar abruptamente la tarde del viernes 14, después de la balacera que se produjo ese día en Valparaíso. Recuerdo que las balas zumbaban en nuestros oídos en los precisos momentos que Adolfo y su compañera abandonaban mi casa.

A partir de ese momento acordamos sumergirnos, luego de haber sido separados de nuestros cargos en la Universidad, atentos a lo que podía ocurrir. Más tarde logré tomar contacto con otros compañeros, hasta que en diciembre se firmó el decreto definitivo de la exoneración de la Universidad. En ese momento se nos entregó el pago correspondiente a tres meses que nos permitió superar las dificultades económicas que experimentamos desde el 11, cuando se suspendieron los sueldos de todos quienes estábamos en las listas de funcionarios sediciosos. Afortunadamente no estuve detenido, recuerdo que el 31 de diciembre me encontré con un antiguo alumno de un programa para trabajadores que me explicó que me alejara lo más pronto de Valparaíso, porque me andaban buscando con mi segundo nombre y segundo apellido.

En enero del año 74 empecé a trabajar en una empresa constructora gracias a la gestión de un hermano de mi esposa que requería un ayudante, argumentado que venía del norte, abandonado por mi anterior jefe que huyó al Perú sin preocuparse de sus trabajadores. Gracias a ese trabajo y a una corta experiencia como vendedor de materiales de la construcción logré sobrevivir ese año. Hace algunos días me reencontré con Leopoldo Benavides, con quien recordamos aquellos días y de aquel trabajo. Un recuerdo especial debo hacer también de Patricio Cerda, con quien logré contactarme a fines del 73. Compañeros de curso en la Carrera de Historia y en el Hogar Universitario, ambos militantes hasta el día de hoy en el Partido Socialista. El me acogió en su casa en La Florida cuando la empresa en la cual trabajada me trasladó a Santiago. En esa empresa nunca se enteraron de

mi verdadera situación, pensando siempre que era un ayudante del contador de la empresa cuyo dueño se fugó al Perú. A la distancia debo agradecer el trato que me dieron y la ayuda que me prestaron. Era una empresa del ingeniero Modesto Collado, ex ministro de Frei Montalva y más tarde de Pinochet.

La segunda fase fue el exilio. Partimos con Julia, mi esposa, Claudio y Pablo, nuestros dos hijos, a Southampton, Inglaterra. No cabe dudas que la partida estuvo rodeada de convicciones que pronto se diluirían. Estábamos seguros de que la dictadura caería muy pronto y que el regreso se haría a los pocos meses. El año 73 estaba concluyendo la primera fase de mis estudios de postgrado en la Universidad de Chile en Santiago gracias a una beca de la propia Universidad, estudios que por razones obvias tuvieron que suspenderse. En febrero del 74 tomamos contacto con CLACSO, institución que inició gestiones para lograr nuestra salida del país para continuar nuestros estudios y liberarnos de los riesgos que corríamos en Chile. Iniciamos esos contactos con Patricio Cerda, al tiempo que nos reuníamos en algunas ocasiones con Leopoldo Benavides y Miriam Brito, quienes se negaron a abandonar el país.

Para mí, el exilio fue muy duro. Me sumergí en mis estudios en un país que nos acogió con mucha solidaridad, pero al cual nunca me acostumbré. Los días grises y fríos del invierno, junto con el alejamiento de nuestras familias y la desesperanza de no saber cuándo volver, me afectaron profundamente. Fue, sin duda, la etapa más dura que viví durante la dictadura, con un ligero alivio de los siete meses que viví en Sevilla, trabajando en el Archivo General de Indias. Concluí rápidamente mi tesis sobre la población de Chile y el Norte Chico en el siglo XVIII y tan pronto pude retorné a Chile. Esta segunda etapa concluye con mi retorno a Chile. Dos años trabajando junto a mi hermano Hugo en unas faenas mineras de Andacollo, un breve paso por la Universidad de Chile de La Serena -de la cual fui expulsado por segunda vez- y finalmente, casi tres años vendiendo artesanía en una feria callejera del pasaje Cousiño de Viña del Mar, junto a mi esposa, abnegada compañera, y nuestros dos hijos.

La tercera fase transcurre entre 1983 y concluye en el día de hoy. El 83 logré un contrato en la Universidad de La Frontera gracias a la disposición de su rector, el coronel® Juan Barrientos, quien abrió las puertas de la Universidad a varios profesores que volvíamos del exilio y con un pasado político cuestionado por los organismos de inteligencia de la dictadura. Luego de algunas dificultades y del temor de exponerme a una tercera expulsión de la Universidad en 1985, decidimos retornar a Viña del Mar al año siguiente para empezar a viajar semanalmente a Temuco. Allí en Temuco tuve que reinventarme como historiador para comprender los conflictos en una región que tuvieron su origen en la acción del Estado chileno cuando decidió invadir el territorio del Pueblo Mapuche, cuya causa por

recuperar lo perdido hice mía. Todo esto sin olvidar la historia de mi Norte Chico, mi tierra, donde nací y crecí durante mis primeros años de vida y con la cual mantengo vínculos imposibles de romper.

Debo terminar reconociendo que buena parte de lo que he logrado en el plano personal y profesional lo debo a la Universidad de La Frontera, la mejor Universidad que he conocido en mi vida. Desde hace dos años trabajo en la Universidad Católica de Temuco, con la cual también tengo una enorme deuda gratitud por la calidez con que me acogió cuando tuve que abandonar la Universidad de La Frontera.